

## EL ESPEJO DE TINTA •

**CRUZ AGUILAR**  
(Berge, 1975)  
Periodista



Tras muchos años escribiendo noticias en Diario de Teruel decidió inspirarse en retazos de algunos de esos hechos reales para la creación de relatos literarios. En 2017 ganó el Concurso de Microrrelato Mirambel Negro; el Certamen de Relato Corto sobre despoblación de la Comarca Cuencas Mineras y el Concurso de Novela Corta del Maestrazgo por la obra 'Oculto en la Mirada', que está a punto de publicarse.

# El último cigarro

Tan... Tan... Tan...

Los tres tañidos finales marcaban el inicio de la misa y también de la tensión en mi cuerpo. La primera campanada indicaba que empezaba el silencio, un silencio que duraba más de una hora. El tiempo que iba desde el primer sonido que hacía retumbar mi casa anunciando el rezo hasta que todo el mundo desaparecía de la plaza, tras largas despedidas. Casi 80 eternos minutos en los que mi abuela se dedicaba a hacer ganchillo, con mala cara y sin articular palabra.

Nosotros, unos niños aún, leíamos un viejo tebeo roto, todos los domingos era el mismo ya que no había otro. Nos poníamos al lado de la ventana, porque aún con la persiana bajada del todo entraba una rendija de luz que nos permitía ver los dibujos y las letras, aunque ver las páginas no era demasiado importante porque nos las sabíamos de memoria. Mi hermana pequeña peinaba a una muñeca, también sentada, no solo no se podía hablar, tampoco podíamos movernos. Allí permanecíamos hasta que comenzaban a salir los feligreses del templo y, tras charlar animadamente, dejaban, ante nuestros ojos que escudriñaban tras las maderas verdes de la persiana, la plaza vacía.

Estar en silencio y quietos era la única alternativa que había entonces a ir a misa, a cumplir con un Dios que no era el Dios de mi abuela.

Entre viñeta y viñeta la miraba esas mañanas de domingo y su tez lechosa y llena de surcos poco tenía que ver con su mote: la *Roja*. Me enteré un día cualquiera, mientras comía las cuatro olivas y el mendrugo del pan de la merienda, que la llamaban así. Me lo dijo Paco, mi amigo del alma, más con curiosidad que con ánimo de ofender.

- Oye, mi padre dice que tu abuela es roja y que por eso no vais a misa.

Me encogí de hombros y escupí con fuerza el hueso de la oliva negra que llevaba en la boca. Fue para lo único que la abrí.

Ese domingo, mientras miraba el lento reloj de pared y balanceaba mis piernas en el banco de madera que había al lado del hogar, me atreví a preguntar a mi abuela que porqué no íbamos a misa.

- Ahí no se aprende nada bueno, sentenció segundos antes de que sonara la primera campanada y dejara la casa, de nuevo y como cada semana, en penumbra y en silencio.

Años después me enteré por mi madre de que mi abuelo ha-



RAÚL FERRERES GARCÍA, LAURA CHUECA, ESTER GARRIDO PÉREZ Técnica: Serigrafía, 29 x 42 cm., Grado en Bellas Artes. Campus de Teruel

bía sido asesinado durante la denominada represión en caliente. Era de la UGT y utilizaba su propia casa, la misma sala en la que años después nosotros leíamos tebeos en silencio a la hora de misa, para reunirse con otros sindicalistas. La Guardia Civil llegó una noche y se los llevó a la cárcel del pueblo. Los presidiarios vivían dos calles más arriba y dejaban pasar a mi madre y a los hijos de los otros detenidos a llevarles pan y agua. Poco más, no porque les vetaran la entrada, sino porque en casa no había nada para llevarse a la boca.

Mi abuela, que siempre amenazaba a mi abuelo diciéndole que el tabaco le iba a matar, de sopetón decidió que su fin no iba a llegar por los cigarros y junto al mendrugo de pan echaba en la bolsa algo de picadura envuelta en papel de estraza para que el tiempo encerrado fuera más llevadero.

Mi madre, más inocente, confiaba, con el optimismo que da la adolescencia aún en tiempos de guerra, en que les dejarían libres pronto. Eran del pueblo de toda la vida y aunque se oían muchas cosas, allí hasta ese momento solo había malas caras entre unos y otros. La esperanza duró cuatro días, al quinto los guardias le arrancaron el pan y el arenque que ese día llevaba para su padre y la echaron.

- "Aquí ya no quedan presos", farfullaron sin más explicación y sin mirarle a los ojos.

La incertidumbre tampoco se alargó demasiado porque Juan el *Pecas*, que parecía tonto por cómo decía las cosas, pero se enteraba de todo y decía verdades como puños, empezó a correr la voz de que les habían pegado un tiro. Durante varios días no dejó de repetir por todas las esquinas del pueblo que a los sindicalistas los habían matado en el puente de la Cañan-domera, a pocos metros de la carretera.

Se los llevaron de Villastar hacia Cuenca, pero no llegaron ni a Vilel. El camión paró en la misma carretera y les hicieron cruzar el puente. Se turnaron un par de palas para cavar una fosa de 50 centímetros de profundidad y de un metro y medio de ancho por otro tanto de largo. Para cubrir un poco cinco cuer-

pos inertes tampoco hacía falta más.

Mi abuela no esperó a un marido que sabía que nunca iba a volver y, en cuanto pudo, puso todo lo que tenía en un hatillo y marchó con sus hijos a Valencia, donde una hermana le dio cobijo y cariño, que era todo lo que le podía ofrecer.

Pasaron más de 20 años hasta que volvió al pueblo. Lo hizo acompañada por sus hijos y nietos, y también por el miedo, que fue como una sombra que siempre le acompañó. No volvió a sonreír ni cuando recuperó su identidad e incluso le dieron una paga de viuda, eso sí, muchos años después de que Franco hubiera muerto.

En ese primer viaje al pueblo mi tío me llevó al lugar junto al río donde se supone que habían fusilado a mi abuelo. Estaba todo lleno de matorrales y la zona donde me contó que estaban las fosas era igual que el resto, salvo por un montículo de tierra sobre el que también habían crecido los hierbajos. Lo único que había cambiado era el puente que cruzaba el río, que se lo había llevado una riada y tuvimos que cruzar mojándonos hasta más arriba de las rodillas. Mi tío se esmeraba en que yo recordara ese lugar, que lo grabara para siempre en mi memoria, pero yo no paraba de tiritar porque el agua estaba helada y el frío de Teruel en octubre me estaba dejando tieso.

Mi tío tenía razón y junto al mojón de tierra estaban los cuerpos de los sindicalistas. Los cinco aparecieron enterrados, tal y como cayeron, a 80 centímetros de profundidad, supongo que por los corrimientos de tierra, y uno de ellos llevaba lo que parecía una tabaquera. Cuando los arqueólogos nombraron la petaca de piel el cosquilleo, que se instaló en mi tripa desde que hallaron el primer hueso, se convirtió en una piedra en la garganta. Mientras veía como retiraban tierra de los huesos yo me imaginaba a mi abuelo fumando un último cigarro allí mismo, donde yo me encontraba.

Tan... Tan... Tan... Las campanadas de la iglesia me despertaron de ese sueño, tan poco probable como macabro, y me devolvieron a la realidad, que en ese momento se me antojó mejor. Mi abuelo por fin había vuelto.

**ELIFIO FELIZ DE VARGAS**  
Sarrión, 1961



Veterinario de profesión y escritor por vocación. Entro al trapo en cuanto me agitan un papel en blanco y me piden colaboración, ya sea para escribir un relato, una novela, un guión de cine o una reseña literaria

## El guardián de la memoria

Si algo trascenderá al paso del tiempo entre la amplia aportación al ámbito de la cultura del profesor, investigador, escritor y crítico literario Juan Villalba serán, sin duda, sus ensayos biográficos. Y lo serán no porque el resto de su producción desmerezca, que ahí están las colecciones de cuentos *Cuarto menguante* y *Fotogramas*. 14 cuentos de cine para avalar su calidad literaria, sino porque en este campo no tiene competidor. Nadie antes se había entregado con tanto empeño y originalidad (artículos en prensa, conferencias, entradas en blogs y edición de libros) al propósito de rescatar del olvido a personajes aragoneses, principalmente turolenses de nacimiento o adopción, que destacaron en alguna faceta artística o creativa y a los que el paso del tiempo borró o amenazaba con difuminar de la memoria, no solo colectiva, sino incluso de la de los estudiosos especializados.

Juan Villalba emprendió su particular batalla contra la desmemoria y ha rescatado anécdotas de cineastas consagrados como Luis Buñuel, o la vida y obra de los que en su momento disfrutaron del favor del público pero no llegaron a trascender más allá de las circunstancias históricas, como Clemente Pamplona y José Antonio Maenza; ha reivindicado la vigencia de artistas plásticos Antonio Mingote y Ángel Gonzalvo, o se ha hecho eco de voces líricas centenarias como las de Juan García, Amable Leal, Pascual Albero, o de la que fuera maestra de María Callas, la soprano Elena de Hidalgo.

A éste último grupo pertenece Victoriano Redondo del Castillo, el bajo alfambrino que se inició en la música como infante del coro de la Catedral de Albaracín y llegó a completar su formación musical en Milán pensionado por la Diputación Provincial de Teruel, detalle que nunca olvidaría y que agradeció con la presentación de sus obras en la capital turolense, en Albaracín.

Artículos periodísticos, carteles y programas de teatros, fotografías profesionales y familiares, junto a los recuerdos de su hijo, Victoriano Redondo Ledo, componen las piezas del rompecabezas que van ensamblándose hasta completar la trayectoria vital del artista. Una vida plagada de éxitos, pero nunca libre de la sombra de la incertidumbre proyectada por la endeble tradición operística de nuestro país, la temerosa precaución de los empresarios teatrales o la dura competencia y celos profesionales que le lle-



Portada del libro

varían a actuar largas temporadas en los Países Bajos y en Sudamérica.

El trabajo de Juan Villalba se completa con la edición de un cd que devuelve a la vida la aplaudida voz del bajo turolense.

**"Voces turolenses en la lírica (II). El bajo Victoriano Redondo del Casillo, un chaliapin aragonés".**

Juan VILLALBA SEBASTIÁN. Muñoz Moya Editores, 2017.



**100 MILLONES DE PERSONAS CAEN CADA AÑO EN LA POBREZA A CAUSA DE LOS GASTOS SANITARIOS**

**NO SON NÚMEROS, SON PERSONAS**

**#cambiasuhistoria**

[www.lasaludunderecho.es/cambiasuhistoria](http://www.lasaludunderecho.es/cambiasuhistoria)

**IBERCAJA ES12 2085 9405 5803 3038 7730**